

bien, lo hacen acercarse demasiado a un político brillante, ausente hoy día del país, de quien tiene más de de un rasgo.

Pero si de lo que hemos dicho pudiera desprenderse una impresión desfavorable de la obra, debemos declarar que el conjunto de ella revela cualidades de primer orden. Precisamente hemos señalado algunos defectos que desentonan en la novela, y que provienen a nuestro juicio de que el género novelesco es un marco estrecho para la autora, porque los aciertos de composición y de estilo llenan casi todas sus páginas. Estos aciertos son los que hacen la obra de lectura fácil, interesante y agradable. El toque de queda, la descripción del matrimonio de Conchita, una noche que iba vencida (pág. 131), y los que resaltan en las págs. 17, 18, 19, 32, 42, 68, 72, 100, 154, 184, 185, 241, 247, 282, 283, 286, y en todo el final 326 a 343, forman un conjunto de aciertos estilísticos y de composición notables. El estilo de la autora, que parece apretado y encasillado en el marco estrecho de una frase corta y golpeada, adquiere fluidez y toma giros de bellísima novedad. Y por sobre todo esto hay un espíritu que verifica toda la obra. Es el espíritu de la autora que presta a las páginas de su novela un encanto singular. No nos importe que de algunos personajes podamos decir lo que Pablo Alba:

Temo que se me escape Ud por alguna cumbre espiritual a que yo no podré alcanzar (Pág. 176),

y que de hecho se nos escapen,

porque en la obra total alienta el espíritu artístico—indefinible y extraño—que nos permite esperar de la autora la obra definitiva que es capaz de hacer; esa obra que no ha podido realizar en esta novela, por el cariño que ha puesto en ella, el que, ¡cariño al fin!, la ha traicionado en las ocasiones señaladas.—*Abel Valdés A.*



UN GORRIÓN BORRACHO, por *Esteban F. Garzón.*

En una partida de libros que encargamos a Argentina, pedimos los cuentos a que nos hemos referido. Para ello evocamos el nombre de Eugenio Garzón, aquel brillante cronista uruguayo que de su vida de París dejó en periódicos y revistas las mejores muestras de su ingenio y de su estilo, y nos sedujo también—¿por qué no decirlo—el título y la advertencia de una segunda edición. Con el libro en nuestro poder, supimos que su autor era doctor... , no sabemos en qué ciencias o en qué ramos (1).

Nunca lo hiciéramos. El señor Garzón queda fuera de la literatura, del más elemental criterio artístico, y con la publicación de sus cuentos solo revela una osadía curiosa.

Veámoslo. Se compone el libro de once cuentos, si así pudiera llamárseles, alrededor de la vida de los animales y de escenas campesinas. Pero muestran una inep-

(1) Imp. Mercatalí. Buenos Aires, 1929.

titud tan manifiesta para toda labor intelectual, una falta tan absoluta de discernimiento para apreciar la vulgaridad y el prosaísmo incalificables de sus producciones, que restan toda serenidad para estudiarlas siquiera con un poco de seriedad, Hay un cuento *Dolor a solas* que se inicia así:

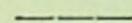
Era una tarde de otoño. En el inmenso bosque umbrío de una casa solariega, por el amplio camino que conduce al lago, donde los cisnes ierguen vanidosos sus largos y lustrosos cuellos para mirarse en el dilatado espejo de las límpidas aguas, etc. . . .

¿Para qué seguir? Todos son así. En medio de sus narraciones, el señor Garzón quiere hacer reflexiones, y su espíritu de vulgaridad notarial y de ñoñez beata, se expresa en la siguiente forma, con motivo de una pelea de dos perros:

Cada ser, sí, cada uno tiene su día trágico en la vida. . . Ellos, los dos hermosos cachorros habían entrado en turno. Y ni las caricias, ni los mimos de sus protectores podrían parar el golpe del destino. Llegaba la hora. . .

Como puede verse, esto queda fuera de toda apreciación benévola o condescendiente. Cuando se piensa que cuentos de animales han escrito Kípling, London, Jules Renard, etc., se siente indignación respecto de estos doctores, sin honradez artística alguna, empeñados en la tarea de literaturizarse, que publican engendros semejantes. Pero de todo puede desprenderse una lección, lección que sentimos

que el autor, observador de la vida de los animales, no haya deducido. Y es que si, como afirma el señor Garzón, los animales de sus cuentos, tienen los mismos sentimientos y pasiones que los humanos, tienen también una cualidad que el señor Garzón, debía notar, y es que no escriben ni publican cuentos.—
Abel Valdés A.



BABBITT, por *Sinclair Lewis.*

La aparición de *Babbitt* en castellano significa la difusión del mejor novelista contemporáneo de los Estados Unidos en los pueblos que padecen bajo el imperialismo norteamericano. Otros escritores han extremado la crítica de la gran nación del norte en variados aspectos. Waldo Frank ha pintado la génesis del maquinismo en *Our America* y *Salvos*. Eugenio O'Neil ha desgarrado los bajos fondos ciudadanos para exhibir la palpitante tragedia de la miseria social. John Dos Pasos ha señalado en *Manhattan Transfer* los más dolorosos aspectos de la ciudad mammónica del Hudson. Upton Sinclair ha reiterado el proceso de los grandes escándalos, monopolios y atropellos de la burguesía yanqui. Otros novelistas, por fin, como Dreisser y Sherwood Anderson, revelaron matices distintos de la psicología americana. Pero nadie ha hecho un análisis tan minucioso, sarcástico, implacable y certero como Sinclair Lewis. Sus novelas forman un ciclo perfecto de la hipocresía estadounidense. Des-